

BREVE HISTORIA de la...
**CONQUISTA
DEL OESTE**

Gregorio Doval



La impactante y esclarecedora historia de los héroes del Álamo, Daniel Boone, John Colter, Ben Holladay, todos los conquistadores que fueron poblando el Oeste, tierra agreste y hostil, donde la búsqueda de oro y riquezas fundió su destino con el nacimiento de toda una nación.



Cuando la única salida para aquellos que no tenían nada era enfrentarse con el desconocido y salvaje oeste.

La Breve historia de la conquista del Oeste nos lleva directamente a una época en la que lo desconocido era una fuente infinita de posibilidades, una época en la que al menos dos millones de personas que querían labrarse un porvenir desfilaban en masa hacia el Oeste en busca de la fortuna o de la muerte. En poco más de setenta años, las Trece Colonias se independizan de Gran Bretaña y consiguen dominar un vasto territorio desconocido y agreste.

Con maestría y con la intención de divertirnos, Gregorio Doval nos presentará a figuras tan legendarias y, por ello, tan desconocidas como Daniel Boom o Davy Crockett, pero también personajes menos conocidos pero igualmente relevantes como Meriwether Lewis o William Clarck, nos describirá el modo de vida de estos exploradores y las curiosas leyes de los territorios de frontera, nos enseñará la Doctrina del Destino Manifiesto que llevó a innumerables hombres a considerar la conquista como una cuestión divina, nos meterá de lleno en el desarrollo de la Guerra de Secesión y su relación con la conquista del Oeste, y nos hará contemplar el nacimiento del ferrocarril, del barco de vapor y de la diligencia, que ayudaron a que la conquista del Oeste se agilizará. Además de relatarnos esta epopeya con un estilo ágil, el autor introduce numerosa documentación gráfica que apoya los datos aportados.

1

UN NUEVO PAÍS A EXPLORAR Y EXPLOTAR

El Oeste, el lugar donde un hombre puede mirar hasta más lejos y no ver otra cosa que no sea tierra y cielo.

Will James (1892-1942), artista y escritor de origen canadiense.

EL NACIMIENTO DE UNA NACIÓN

A comienzos del siglo XVIII, los asentamientos europeos de habla inglesa se extendían sobre la costa norteamericana del Atlántico, desde el sur del actual estado de Maine hasta Carolina del Sur. Aunque la mayoría de ellos se situaban a menos de 80 kilómetros de la costa, unos pocos se internaban algo más en la tierra siguiendo el curso de los ríos. De ese modo, casi toda la costa atlántica estaba habitada cada vez por más densas comunidades de granjeros y agricultores de origen europeo, fundamentalmente anglosajón, agrupadas en trece circunscripciones, conocidas como las «Trece Colonias de Nueva Inglaterra», cuyos límites por tierra firme llegaban hasta las estribaciones de los montes Apalaches, con algún puesto avanzado que alcanzaba la margen izquierda del inmenso río Mississippi.

A diferencia de las francesas y holandesas, que siguieron mirando siempre hacia Europa, estas colonias inglesas volcaron pronto su interés en aquel nuevo continente a cuya orilla oriental vivían. Por lo común, pusieron en práctica una política sistemática de colonización extensiva, ávidas de ganar más y más territorio para el cultivo y la explotación de la tierra, práctica que requería la implantación del derecho de propiedad europeo en el nuevo continente. Reforzando este modelo expansivo colo-

nial, desde el momento de su independencia (1783), los Estados Unidos experimentaron un proceso de expansión demográfica, territorial y económica que, junto con la consolidación de su sistema democrático, puso las bases de la gran potencia mundial en que pronto se convertirían.

Ya desde mediados del siglo XVIII, la llegada de emigrantes del Viejo Continente se hizo más intensa. Grandes contingentes de irlandeses, alemanes y escandinavos pobres engrosaron el aluvión de recién llegados a aquel Nuevo Mundo, una tierra de oportunidades, un escenario idóneo para intentar partir de cero. Aquellos contingentes emprendían el difícil y peligroso viaje a América por muchas razones: algunos en pos de aventuras; otros, porque codiciaban riquezas; muchos más huyendo de la opresión o buscando la libertad de practicar su religión, y la gran mayoría, para escapar de la pobreza... Pero, más allá de sus razones particulares, en todos bullía el impulso por encontrar un nuevo espacio vital. Muy pocos de ellos habían podido aspirar en la vieja Europa a ser propietarios de tierras. Pero en América la tierra parecía estar disponible en abundancia para todo aquel que quisiera tomarla y aceptara los riesgos que ello suponía.

Esa inmensa marea de personas sin nada que perder y con todo por ganar fue superpoblando aquellas prósperas colonias y pronto se sintió atraída por los cantos de sirena de un virgen y prometedor Oeste a explorar, colonizar, explotar y casi inventar. Muchos dirigieron pronto su mirada inquieta y ansiosa hacia él y comenzaron a presionar demográficamente sobre lo que se dio en llamar la «Frontera».

Pero la expansión hacia el Oeste que nos va a ocupar en este libro no fue un proceso fácil ni uniforme. Diversas barreras geográficas, sociales y políticas frenaron en repetidas ocasiones el, por otra parte, indetenible movimiento hacia el Oeste.

En la segunda mitad del siglo XVIII, los fértiles valles fluviales de Nueva Inglaterra (la región que hoy conforman Massachusetts, Maine, Connecticut, Rhode Island, New Hampshire y Vermont), así como el valle del río Mohawk en el estado de Nueva York, quedaron colonizados. Varias oleadas de colonizadores fundaron allí granjas y haciendas tras desbrozar el bosque

primigenio. Este era tan vasto y sobrecogedor que cada sitio que se llegaba a despejar se consideraba una victoria más en el proceso de «domesticación de la selva».

No obstante, después de talar los árboles y retirar los matorrales, los colonizadores se encontraban a veces con suelos rocosos o pobres en nutrientes. Muchas zonas de la Nueva Inglaterra interior y algunas regiones de Nueva York, New Jersey y Pensilvania tienen suelos demasiado superficiales; los inviernos son crudos y la temporada de cultivo, corta. En tales condiciones, la agricultura resultó difícil y desalentadora para los pioneros. Tras años de esfuerzo, algunos malvendieron sus granjas o las abandonaron y emigraron hacia el Oeste en busca de tierras más fértiles.

Más al sur, en lo que hoy son los estados de Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte y del Sur y Georgia, el suelo era, por lo general, más rico pues, salvo en algunas áreas costeras pantanosas, se compone de arcilla amarilla rojiza. En los albores de la época colonial, este suelo era muy fértil. La prolongada temporada de cultivo, la lluvia abundante, el clima cálido y la tierra relativamente plana hicieron que la región costera del sur fuera ideal para establecer en ella ciertos cultivos de gran salida comercial (en esa época, principalmente tabaco, arroz, caña de azúcar, maíz y algodón). Desde mediados del siglo XVII, se vio claro que esos cultivos serían más económicos y rentables explotados mediante el trabajo de esclavos en grandes fincas, haciendas o plantaciones. Así que muchas granjas pequeñas se fueron concentrando en manos de grandes terratenientes.

Pero, con el tiempo, aquel fértil suelo se fue empobreciendo debido al cultivo intensivo de plantas, como el tabaco y el algodón, que lo fueron agotando. Además, las frecuentes e intensas lluvias de la región erosionaron los campos recién despejados y roturados. En muchos lugares, esto condujo a la reducción del rendimiento por hectárea. Con frecuencia, los dueños de fincas resolvían el problema expandiendo sus propiedades mediante la compra y el uso de más tierra. De esa forma, poco a poco, las grandes fincas se fueron propagando hacia el Oeste. Los antiguos propietarios de estas tierras conquistadas por las hacien-

das, aislados por falta de caminos y canales de acceso a los mercados de la costa y resentidos por el predominio político de los grandes hacendados de la región de las marismas, se pusieron también en movimiento hacia el Oeste en busca de nueva tierra fértil.

Hacia 1760, aquellas oleadas colonizadoras encontraron su primer obstáculo orográfico importante: la cordillera de los Apalaches, que se extiende del noreste al suroeste, casi en paralelo al litoral atlántico. Cuando llegaron a sus faldas, los colonos descubrieron además que la mayoría de los ríos que les hubieran permitido penetrar en el territorio eran impracticables debido a sus rápidos y sus saltos. La expansión quedó momentáneamente interrumpida.

Sin embargo, en 1775, el explorador Daniel Boone (1734-1820), al frente de una partida de taladores, abrió una nueva senda, la Wilderness Road, a través de la boscosa brecha del desfiladero Cumberland, un pasaje natural de los Apalaches. Ese camino, que a partir de 1795 pudo ser transitado por carretas, permitió que los colonos, con sus mulas, caballos y reses, se fueran filtrando para poblar las fértiles tierras de lo que ahora son los estados de Kentucky y Tennessee.

En el plano político, en 1776, las Trece Colonias norteamericanas de Gran Bretaña declararon unilateralmente su independencia. Entre esa fecha y 1783, los nuevos Estados Unidos de América salieron triunfadoras de la consecuente Guerra de Independencia, que concluyó con el Tratado de París (o de Versalles) de 1783, en el que se estableció la frontera occidental de la nueva nación en el río Mississippi, que fluye desde la frontera canadiense hasta el Golfo de México, en el puerto de Nueva Orleans. La paz trajo consigo el primer gran éxodo hacia el Oeste para ocupar los nuevos territorios situados entre los montes Apalaches y el gran río. Hacia 1800, los valles fluviales del Mississippi y del Ohio ya se estaban convirtiendo en una gran región fronteriza.

Pero las comunicaciones con los nuevos asentamientos eran muy deficientes. Los caminos eran escasos y muy alejados entre sí; además, generalmente se hallaban en pésimo estado. Hasta cierto punto, los ríos hacían las veces de vías de comunicación,

pero las cascadas y los rápidos limitaban su utilidad. Al internarse en el país, el aislamiento de los asentamientos aumentaba. En busca de tierra fértil, algunos colonos pasaban de largo grandes extensiones consideradas incultivables. En consecuencia, cada pequeño asentamiento podía estar a decenas de kilómetros del resto. Era factible que una familia tuviera que viajar un día completo para visitar a otra. Esta pauta de asentamiento creó comunidades fronterizas que tenían que depender exclusivamente de sus propios recursos. Casi todo lo que usaban tenía que ser fabricado por ellos mismos. En ese contexto se fue fraguando un espíritu fronterizo caracterizado por la reciedumbre, la independencia y autonomía, el interés por lo demás y, paradójicamente, la desconfianza hacia los extraños.

El 4 de julio de 1776, las Trece Colonias británicas de Norteamérica proclamaron unilateralmente su independencia del Reino Unido de Gran Bretaña. Así nacieron los Estados Unidos de Norteamérica.

EL HECHIZO DE LA FRONTERA Y EL ESPÍRITU PIONERO

A finales del siglo XVIII, los estadounidenses comenzaron su avance hacia el Oeste geográfico más allá de su frontera vertical, que en principio corría desde el estado de New Hampshire hasta el de Georgia. El progresivo avance se fue canalizando, principalmente, a través de cuatro rutas que se internaban hacia los territorios ribereños al Mississippi. La primera, la más septentrional, apuntaba a las vías fluviales de los Grandes Lagos del norte. La segunda, partiendo de Virginia, invadía unos parajes a los que posteriormente se bautizaría como Indiana. La tercera buscaba el verdor de Kentucky, siguiendo las huellas pioneras de Daniel Boone. Finalmente, la más meridional era la que transitaba por el estado de Tennessee.

Atraídos por las tierras más ricas halladas hasta entonces en el país, los pioneros se lanzaron hacia los montes Apalaches y más allá. La afluencia de colonos de todos los estados costeros siguió su marcha hacia los fértiles valles fluviales, los bosques de maderas duras y las ondulantes praderas del interior. Con ello se dio un nuevo impulso a la Frontera, que comenzó a presionar sobre las semidesconocidas tierras de más allá del Missis-

sippi, por entonces en manos extranjeras. Hacia 1775 ya había decenas de miles de pobladores en los más remotos bastiones dispersos a lo largo de las vías fluviales. Separados por cadenas montañosas y a cientos de kilómetros de los centros de la autoridad política, establecidos en las prósperas ciudades de la Costa Este, los pioneros fueron formando sus propios autogobiernos. En 1790, la población inmigrante de esa región rebasaba ampliamente los 120 000 habitantes y seguía creciendo a un gran ritmo.

La fórmula para incluir formalmente estas nuevas áreas fronterizas en la incipiente nación fue determinada por la llamada Ordenanza del Noroeste de 1787, que fijó un sistema limitado de autogobierno. Al principio, cada nuevo territorio formaría un solo distrito bajo el mando de un gobernador y la administración de jueces designados por el Congreso federal. Cuando ese territorio alcanzara una población de 5000 varones libres y en edad de votar, se le daría derecho a poseer una legislatura autónoma con dos cámaras, la más baja de elección propia. Además, tendría facultades para enviar al Congreso federal un delegado sin derecho de voto. Se calculaba de antemano que, así, aparecerían con el tiempo de tres a cinco estados y que, en cuanto cualquiera de ellos alcanzara los 60 000 habitantes libres con derecho a voto, sería admitido en la Unión en plano de igualdad con los estados originales.

Pero mucho antes de que las leyes hicieran posible el establecimiento de granjas, y a menudo incluso antes de que los Estados Unidos se convirtieran en sus propietarios, los primeros colonos comenzaron a llegar a los nuevos territorios. Eran de la clase de hombres que vivían siempre al límite de la civilización, algunos incluso cambiaban de sitio solo con que el sonido del hacha de un vecino nuevo indicase que la región se estaba poblando «demasiado». Llevaban la aventura en su sangre. Algunos empezaron en Georgia y no pararían hasta que, al final de sus vidas, llegaran a California. Desde su punto de vista, la vida mejoraría siempre más allá del horizonte.

Porque ese era siempre el objetivo. El de ellos y el de todos los que les precedieron y les siguieron. Allí y en cualquier frontera en movimiento. Desde los indios que cruzaron inicialmente

el puente de hielo del estrecho de Bering hasta el último inmigrante europeo o asiático llegado a América, todos, fuera cual fuese su procedencia y su razón concreta para ir, compartían un mismo propósito: mejorar su vida.

Dejando a un lado a aventureros y cazadores, los primeros colonos fueron familias que llegaron por tierra en carromatos, a caballo o incluso caminando. Quizá fueron los más valerosos de todos, porque su meta no se centraba en el límite de la frontera civilizada conocida sino en los extremos más lejanos del subcontinente. Con mayor o menor reflexión previa, cogieron sus arados y sus ruecas, sus hijos y sus pollos, sus biblias y sus rifles, ataron una vaca en la parte posterior de sus carretas, pusieron unos cuantos esquejes de árboles frutales dentro de ellos y salieron hacia las nuevas tierras. Los que tenían un oficio llevaron sus herramientas contando con ejercerlo donde fuera.

Los primeros en hacer el viaje fueron nativos blancos que dejaban atrás tierras y granjas que en muchos casos pasarían a manos de nuevos inmigrantes europeos. De hecho, algunos de ellos se convertirían casi en viajeros profesionales. Todos aquellos primeros «hombres de frontera» compartían el espíritu pionero, la llamada de la oportunidad y la curiosidad ilimitada. Se trasladaban primero cuando eran jóvenes, después otra vez cuando el aumento de la familia sobrepasaba la productividad del suelo. Algunos volvían a hacerlo en la madurez, dejando sus terrenos a sus hijos ya crecidos o buscando tierras nuevas y más extensas que albergaran a varias familias emparentadas. Eran hombres como el naturalista georgiano Gideon Lincecum (1793-1874), que se trasladaría más de una docena de veces empezando en Carolina del Norte y que nunca se quedaría fijo en un mismo sitio más de dos años, yendo siempre más hacia el Oeste, para terminar al fin en Texas en la década de 1840.



En el mapa, las Trece Colonias británicas de Norteamérica que formaron inicialmente los Estados Unidos: New Hampshire, Massachussets, Rhode Island, Conneticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia.

Tras ellos llegaron también muchas familias humildes que no perdían nada al dejar sus antiguas casas y que, a pesar de su pobreza y su analfabetismo, esperaban que de alguna forma les fueran mejor las cosas cuanto más al Oeste. Junto con ellos se trasladó una pequeña legión de hombres jóvenes solteros que querían hacerse un sitio antes de cargarse con una familia.



Hacia 1800, los valles fluviales del Misisipi y del Ohio ya se estaban convirtiendo en una gran región fronteriza, en la que cada vez más se iban diseminando los colonos, en aquella primera fase, pioneros totalmente autodependientes.

Generalmente, todos ellos se trasladaron por su cuenta y riesgo; pero enseguida, de una manera informal, comenzaron a agruparse en caravanas de inmigrantes. En algunos casos, ciertas comunidades del Este salieron en masa y crearon colonias uniformes en las nuevas tierras.

Fuera lo que fuese lo que los motivaba, estos primeros colonizadores acometieron aquella empresa con la mayor osadía y determinación. Su ilusión última era establecerse y construir primero casas y después comunidades. Sobre todo, iban con la voluntad de arriesgar todo en aquella empresa en tierras lejanas, ya que para la mayoría de ellos no había camino de vuelta y nada por lo que volver. Así, el Oeste significaba, además de una oportunidad, un compromiso.

El recorrido era arduo: había que superar montañas, vadear ríos, afrontar todo tipo de penalidades y superar el hambre, el frío y los ataques de los nativos y de las fieras. Pero la ilusión de la Tierra Prometida se imponía a cualquier posible desfallecimiento. Luchando contra lo inhóspito de la tierra y contra los indígenas, presa de la nostalgia del exiliado, el colono se vinculó con la fe del converso a la tierra, buscando en ella la razón de

su éxodo e incluso de su existencia. Muchos de aquellos colonos, o sus padres, habían dejado una Europa en la que la división entre señores y siervos persistía y sabían que, por primera vez, unas tierras feraces iban a ser trabajadas y poseídas por hombres y mujeres que no reconocían a nadie como superior en la escala social.



Los pioneros fueron colonizando poco a poco las nuevas regiones bajo dominio estadounidense comprendidas entre los Apalaches y la Louisiana. Para 1790, los nuevos territorios rebasaban ampliamente los 120 000 habitantes y seguían creciendo a gran ritmo.

Sobre la marcha, aprendieron a sobrevivir en los lindes entre lo civilizado y lo salvaje; aprendieron de los indios qué plantas cultivar y qué animales cazar; la experimentación les enseñó las técnicas necesarias para subsistir y a preparar las tierras cultivables para plantar maíz antes de sembrar trigo y cebada. También sacaron rendimiento a su equipaje de conocimientos previos: los de origen escandinavo aportaron la técnica necesaria para construir sólidas viviendas con troncos de árboles que les protegían del duro clima y de los animales salvajes; los alemanes enseñaron a construir enormes graneros y establos donde resguardar igualmente a los animales domésticos...



Dejando a un lado a aventureros y cazadores, los primeros colonos fueron familias que llegaron por tierra en carrmatos, a caballo o incluso caminando, como la de este cuadro, titulado *La familia Grayson*, de William S. Jewett (1850).

En el plazo de una o dos generaciones, estas gentes, adaptadas sobresalientemente al medio, estaban ya preparadas para proseguir el avance y trasladar la frontera un paso más hacia el Oeste.

De ese modo, pese a que, en la larga corriente de la colonización norteamericana, el número de personas que vivían en la Frontera siempre fuera minúsculo en comparación con el de los habitantes de las regiones colonizadas que iban quedando al Este, el espíritu fronterizo se fue fortaleciendo, haciéndose reconocible e influyendo enormemente en el desarrollo de todo el país. Los políticos comenzaron a elogiar la vida fronteriza; el folclore y la cultura populares dedicaron canciones y relatos a alabar su estilo de vida y sus logros. Fueron irguiéndose, idealizadas, las figuras de un nutrido grupo de héroes fronterizos; sobre todo la del ya mencionado Daniel Boone.



Luchando contra lo inhóspito de la tierra y contra los indígenas, preso de la nostalgia del exiliado, el pionero se vinculó con la fe del converso a la tierra, buscando en ella la razón de su éxodo e incluso de su existencia. En el grabado, colonos en el territorio de Ohio.

DANIEL BOONE, EL PIONERO POR EXCELENCIA

Daniel Boone nació el 2 de noviembre de 1734, en Birdsboro, Pensilvania, donde pasó sus primeros años. Sexto hijo de 11 de una familia de colonos cuáqueros emigrados de Inglaterra en 1713, aunque sabía leer y escribir, apenas fue a la escuela. Si estaba destinado a convertirse en un genuino hombre de frontera, en un explorador de espacios desconocidos por el hombre blanco, su infancia fue la perfecta preparación.

Recibió su primer arma en 1747 y pronto comenzó a dar muestras de sus habilidades cinegéticas, muy cantadas luego, con grandes exageraciones, por la tradición popular estadounidense. La leyenda cuenta, por ejemplo, que estaba cierto día cazando en los bosques con unos amigos cuando apareció un puma; todos los niños salieron corriendo menos él, que permaneció impassible, apuntó con su carabina —diseñada más para cazar ardillas que felinos— y mató al peligroso animal de un certero disparo en el corazón en el mismo instante en que saltaba hacia él.



Sin duda, el más destacado de todos los pioneros estadounidenses de esta primera época fue Daniel Boone (1734-1820).

La buena consideración de la familia Boone en la comunidad cambió por completo cuando, ese mismo año, otro de los hijos, Israel, se casó con una muchacha no cuáquera. El padre mantuvo su consentimiento aún cuando la comunidad le pidió que se volviera atrás. Ante la presión social, la familia optó por dejar Pensilvania en 1750 y establecerse en el valle del río Yadkin, en lo que hoy es el condado de Davie, Carolina del Norte.